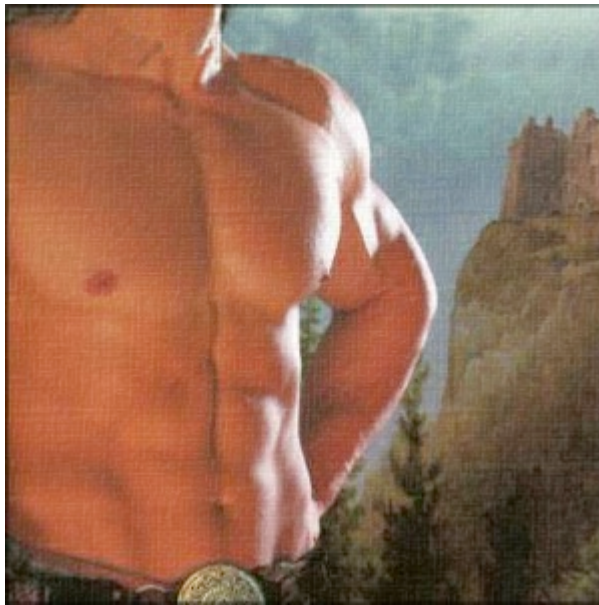


Monica McCarty



TRILOGÍA MACLEOD DE SKYE, 3

*El Highlander
Seducido*

*A Penny y a Tracy,
por la larga tarde que pasamos inventándonos la trama del libro.*

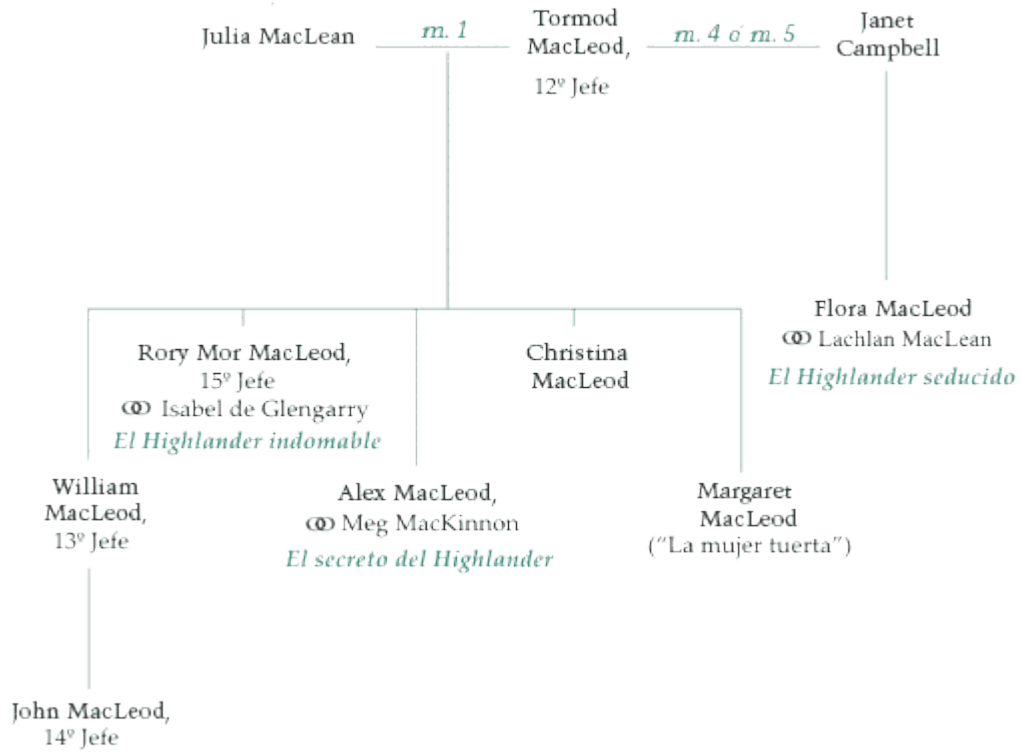
*Y como siempre a Nyree y a Jami,
por vuestro ánimo, entusiasmo y vuestros aciertos infalibles.*

ÍNDICE

Agradecimientos	5
Prólogo.....	6
Capítulo 1	10
Capítulo 2	24
Capítulo 3	38
Capítulo 4	51
Capítulo 5	62
Capítulo 6	77
Capítulo 7	95
Capítulo 8	109
Capítulo 9	118
Capítulo 10	131
Capítulo 11	143
Capítulo 12	151
Capítulo 13	168
Capítulo 14	173
Capítulo 15	181
Capítulo 16	193
Capítulo 17	208
Capítulo 18	221
Capítulo 19	233
Capítulo 20	239
Capítulo 21	252
Epílogo.....	264
Nota de la autora	266
RESEÑA BIBLIOGRÁFICA	268



FAMILIA MACLEOD





Agradecimientos

Publicar una trilogía a lo largo de varios meses supone una enorme tarea y exige un esfuerzo extraordinario por parte de todos los que participan en el proceso editorial y de producción. Mi más sincero agradecimiento a todos, en especial a mi maravillosa editora Charlotte Herscher, a Signe Pike y al corrector de los tres libros.

Doy las gracias especialmente a Barbara Freethy, a Candice Hern y a Carol Culver, quienes pensaron que la historia de la Roca de la Dama sería un prólogo estupendo. Y también a mi amiga Kalen Hughes, finalista del concurso Golden Heart, por su valiosa información sobre el vestuario de la época.

Nada de esto habría sido posible sin mis maravillosas agentes Kelly Harms y Andrea Cirillo, mi marido Dave y mis (casi siempre) comprensivos hijos Reid y Maxine. ¡Gracias!



Prólogo

Soñé con mi señora, soñé con su duelo,
soñé que su señor un jefe cruel era:
en una roca en el océano la bella Ellen pareciera;
¡Glenara! ¡Glenara! ¡Interpreta mis sueños!

Glenara, THOMAS CAMPBELL, 1777-1844

Una roca en el fiordo de Lorne, entre Lismore y Mull

Un frío día de invierno, hace ya casi cien años, se produjo una maldición...

Lady Elizabeth Campbell Maclean no estaba dispuesta a suplicar. Ni por el amor de aquel hombre ni por su propia vida. Pero estaba asustada. Más asustada de lo que lo había estado en toda su corta vida. Con apenas veintiséis años, era demasiado joven para morir.

Cada minuto que pasaba, Elizabeth luchaba para aferrarse a su promesa. Pero sabía que sus súplicas no serían escuchadas y era aquello, más que cualquier otra cosa, lo que le impedía arrodillarse y pedir clemencia.

Sabía que él no mostraría ninguna piedad.

Ni siquiera la miraba. Lachlan Cattanach Maclean, jefe de los Maclean. Su marido. El hombre del que ella había sido tan tonta como para enamorarse. Fijó los ojos en aquellas facciones atractivas y familiares. Aquel rostro cruel, marcado por las batallas, los penetrantes ojos azules, la boca grande y la mandíbula dura e implacable. El pecho se le encogió. Incluso en aquel momento, enfrentándose a su última traición, no podía negar su atractivo.

Lachlan Cattanach era una fortaleza de masculinidad. Un poderoso jefe de las Tierras Altas de Escocia, las Highlands. Un jefe firme. Las características que había admirado de él en el pasado: su resolución, su férrea determinación y su ímpetu era lo que estaba usando para conspirar contra ella.

Prácticamente era como si ya estuviese muerta.

Uno de los soldados del *luchd-taighe* de su marido le tomó la mano y la ayudó a bajar de la embarcación, del *birlinn*, con una gentileza que disfrazaba su propósito asesino. Se habría reído ante aquel absurdo de no haber sido porque temía que la risa desatase en ella una histeria de la que no sería capaz de librarse.

Todo su cuerpo se estremeció cuando puso un pie sobre la roca dura y firme. El impulso de volver a la seguridad que le ofrecía la barca la dominó, pero sabía que volverían a arrastrarla afuera. Con decisión, se obligó a mover el otro pie. Le había hecho trizas el corazón, pero no le daría la satisfacción de hacer lo mismo con su

orgullo.

Respiró hondo y dejó que el soldado le atase las manos. El soldado le dirigió una mirada incómoda, con un atisbo de disculpa, mientras ataba el otro extremo de la cuerda a la boya que servía para alertar a los barcos del peligro que suponía la presencia de aquella roca. Atarla era una medida innecesaria, porque no sabía nadar. Además, no había ningún sitio adonde pudiera ir... solo bajo el agua.

El miedo se apoderó de ella. Con los sentidos anormalmente alerta, notaba todo con una intensidad cruda y dolorosa, desde la más diminuta gotita de helada bruma marina, hasta cada una de las ásperas fibras de la cuerda que arañaban la delicada piel de sus muñecas. Pero, sobre todo, notaba la agonía de su corazón destrozado.

Dios bendito, ¿cómo era su marido capaz de hacerle aquello? ¿Cómo podía dejarla morir de aquel modo? Sepultada viva cuando subiese la marea despiadada. Su corazón se rebelaba ante aquella terrible verdad.

Su marido ya no la quería. Había encontrado a otra para ocupar su puesto, pero no se arriesgaría a enfadar al poderoso clan Campbell, incluido su hermano, el conde de Argyll, repudiándola. Por ese motivo había ideado aquel plan perverso.

Habría preferido que la degollara, pero él quería que pareciese un accidente. Una esposa ahogada era mucho más fácil de explicar que una con un corte en el cuello.

Una fuerte ráfaga de viento atravesó el mar, dejando una estela de frío glacial a su paso. Tenía que esforzarse para mantener el equilibrio sobre aquella roca resbaladiza. Los dientes le castañeteaban; llevaba solo una capa fina y tenía frío, un frío terrible y cruel. Y aquello no haría más que ir a peor... mucho peor.

Cuando acabaron, todos subieron a la barca y comenzaron a alejarse. Las lágrimas le caían sobre las mejillas mientras veía cómo desaparecían los rostros de los hombres que un día la habían llamado milady y el rostro del hombre que había amado.

El hombre que la había abandonado a pesar de que ella había criado a sus dos hijos como si fueran suyos; pero su perdición había sido no ser capaz de darle hijos propios.

Ya casi no se les veía. El pensamiento de que la habían dejado completamente sola acabó por destrozarla. No podría aguantar mucho.

—Por favor, no me...

El sonido de sus lamentos hizo que él dirigiese la vista hacia ella, pero mostró una fría indiferencia ante sus súplicas.

—... abandonos —dijo, con una voz casi imperceptible.

La impasibilidad que reflejaban sus ojos no mostraba ni rastro de esperanza. No tenía misericordia. Era el fin.

Pero ella no dejaría que se marchara tan fácilmente. Se prometió, por lo más sagrado, que le haría pagar por aquel maléfico acto.

La ira y el terror constituían un arma muy poderosa. Su voz rugió al invocar la promesa de su venganza.

—Yo te maldigo, Lachlan Cattanach, a ti y a todos los que vendrán después de

ti. Del mismo modo que me matas porque soy estéril, así tus tierras quedarán estériles. Del mismo modo que me atas a esta roca, así quedará el destino de tu clan atado a un Campbell. Ningún jefe Maclean podrá prosperar sin tener a un Campbell a su lado. Este será tu legado hasta que todo el mal que has hecho sea expiado y un Maclean entregue su vida por un Campbell en un acto de amor.

Él parpadeó y ella sintió una oleada de satisfacción al reconocer un destello de miedo en su rostro.

La fuerza de aquella maldición retumbó con el inconfundible tono de una profecía conjurada que nacía, no de la brujería, sino de la injusticia; con una fuerza que ni su marido podía ignorar.

El viento brumoso la golpeaba como si fueran clavos de hielo, mientras el agua le iba cubriendo progresivamente los pies... los tobillos... y las rodillas. Se agarraba con fuerza a la cuerda, convertida en su salvavidas, mientras las embestidas de las olas intentaban arrojarla de aquella roca que iba desapareciendo con rapidez bajo las aguas.

Era una noche cerrada, pero notaba cómo el agua se iba acercando, subiendo... centímetro a centímetro.

¿Cuánto tardaría? Rezaba para que fuese rápido. Cada terminación nerviosa de su cuerpo estaba preparada para lo que vendría a continuación. No podía respirar. Ya comenzaba a ahogarse.

Alzó la mirada hacia aquel cielo sin luna. Oh, Dios. Por favor, ayúdame.

Como si se tratase de una cruel respuesta divina, la siguiente ola la derribó, arrastrándola hacia abajo. Empapada, retiró la maraña de cabellos mojados de los ojos al tiempo que intentaba agarrarse a la roca. Intentó ponerse en pie, pero una nueva ola volvió a embestirla.

Se desplomó hacia delante, perdiendo las fuerzas para luchar. Por favor, que se acabe de una vez.

Comenzó a cerrar los ojos con la intención de dejarse llevar por el agua. Parpadeó, pero volvió a abrirlos enseguida.

¿Qué era aquello? Una luz. El leve resplandor de una antorcha apareció de entre la oscuridad. Aguantó la respiración y prestó atención. Oía el inconfundible sonido de unos remos contra las aguas.

El corazón le latía con rapidez.

Usando la cuerda, Elizabeth consiguió la fuerza necesaria para ponerse primero de rodillas y a continuación en pie.

—Aquí—gritó—. ¡Esposo, ayúdame, estoy aquí!

El sonido de los remos era cada vez más rápido a medida que la barca iba acercándose. Las voces eran cada vez más claras, hasta que la pequeña barca de pesca...

Se dio cuenta de lo que pasaba y la invadió una tremenda desilusión. No era él. Su marido no había dado la vuelta.



Examinó con atención los ojos de los atónitos ocupantes de la barca, y se dio cuenta de que eran unos pescadores quienes le habían salvado la vida.

—¿Sois vos, milady? —preguntó uno de los hombres sorprendido.

Aquellos hombres no eran unos pescadores cualesquiera; eran, de hecho, sus propios pescadores. Unos Campbell.

Entonces se echó a reír, sucumbiendo a la histeria que la había amenazado en la oscuridad. Rió, mientras las lágrimas se precipitaban por su rostro, hasta que ya no pudo más. Era una ironía agri dulce. Una vida sería arrebatada aquella noche, pero no sería la suya.

Elizabeth Campbell, ya que nunca volvería a hacerse llamar Maclean, no se ahogó aquel día. Vivió el tiempo suficiente para regresar a la casa de su hermano y ver el rostro de sorpresa de su marido cuando fue al castillo de Inveraray para anunciar «aquella desafortunada muerte» a la familia. Pero la satisfacción de haber desafiado a la muerte en la Roca de la Dama, como empezó a llamarse después de que intentaran asesinarla, fue efímera. La muerte la encontró no mucho tiempo después. La marea no consiguió que se ahogara. Fue su corazón roto lo que acabó con ella, llevando en una mano el amuleto que había sido arrancado del cuello de su esposo cuando su hermano lo mató.

Pero el legado de lady Elizabeth Campbell sobrevivió y, junto con aquel amuleto, fue pasando de generación en generación.



Capítulo 1

Cerca de Falkirk, Escocia, primavera de 1607

—¿Te estás arrepintiendo?

Flora MacLeod dejó de mirar por la ventana y dirigió su mirada al hombre que se encontraba sentado frente a ella en la oscuridad. Nunca se arrepentía de sus decisiones y, puesto que en aquella ocasión era demasiado tarde para cambiar de opinión, pensó que aquello era algo bueno. No, cuando tomaba una decisión la mantenía, y ni un pequeño ejército sería capaz de hacer que cambiara de idea. En lo que se refería a su matrimonio sucedía lo mismo.

—No digas tonterías —replicó—. No podría ser más feliz.

Sin embargo, estaba claro que el que estaba a punto de convertirse en su marido, William, lord Murray, hijo del recién nombrado conde de Tullibardine, no la creía.

—¿Feliz? No te había visto tan callada en meses. —Se interrumpió—. Sabes que no es demasiado tarde para que te echés atrás.

Pero lo era. Había tomado aquella decisión en el mismo momento en el que había salido a hurtadillas de Holyrood House y se había subido al carruaje que la estaba esperando.

—No quiero echarme atrás. —Pero la vehemencia que pretendía dar a aquellas palabras desapareció cuando su voz comenzó a vibrar a causa del traqueteo del carruaje. Un carruaje que luchaba por mantenerse estable por aquel accidentado camino. Se sujetó lo mejor que pudo al asiento cuando pasaron sobre otro bache para evitar estrellarse contra las paredes de lustrosa madera del carruaje. Pero sabía que era una batalla que perdería antes de que acabase el día porque el camino desde Edimburgo no hacía más que empeorar a medida que se acercaba a la iglesia de Falkirk.

—Quizá sí que, después de todo, hubiese sido mejor venir cabalgando —aventuró. A causa de la insistencia de lord Murray habían tomado el carruaje, lujoso pero poco práctico para el camino que se dirigía hacia el límite con las Highlands.

—No tienes por qué preocuparte. Estamos perfectamente a salvo. Mi cochero es excelente. —William intentó devolverle el bolsito que se le había caído, pero a Flora se le escapó de las manos y aterrizó de nuevo en el suelo—. Nunca imaginé que llegaría a ver el día en que Flora MacLeod se pusiera nerviosa.

Se dibujó una mueca en sus labios.

—Quizá sí que estoy un poco preocupada, pero es que nunca había hecho algo así.

Le dio una palmadita en la mano en señal amistosa.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

